

## **JUAN JURADO RUIZ, UNA VIDA PARA LA IGLESIA DE CÓRDOBA (1906-1984)<sup>1</sup>**

---

JUAN JOSÉ PRIMO JURADO  
ACADÉMICO CORRESPONDIENTE

---

He querido que esta mi primera intervención en la Real Academia como Académico Correspondiente por Hinojosa del Duque, se centre en el estudio biográfico de un Hijo Predilecto de esa localidad, don Juan Jurado Ruiz, de amplia resonancia también en la vida de la capital y de la provincia, que gozó de la condición de Académico en esta casa y a cuyo recuerdo me une un profundo sentimiento de amor y admiración.

Se acaban de cumplir veinte años de su fallecimiento, que ponía fin a una vida de 77, 54 de los cuales estuvieron consagrados a la Iglesia en su calidad de sacerdote y bajo cuyos designios ocupó todos los cargos de responsabilidad posibles en la diócesis.

Se divide la vida de don Juan en cuatro etapas: su formación como seminarista, sus encargos parroquiales, la Catedral y las responsabilidades diocesanas y un largo y dorado crepúsculo.

### **Años de formación (1906-1929)**

Don Juan Jurado Ruiz nació en Hinojosa del Duque el 2 de julio de 1906, primero de los hijos que tendría el matrimonio formado por Atanasio Jurado y Elisa Ruiz. El padre era un sencillo maestro que mantendría abierta una escuela particular desde 1896 hasta su muerte en 1947, siendo su memoria hermosamente premiada en 1950, cuando el nuevo colegio que levantó el Estado en el pueblo recibiese por nombre "Maestro Jurado". En un marco familiar de profunda religiosidad, acompañado de la larga tradición de Hinojosa del Duque como cantera de vocaciones de sacerdotales, surgió el deseo en don Juan de ser sacerdote.

En 1915 ingresa en la Preceptoría del Arciprestazgo de Hinojosa del Duque. Las Preceptorías eran una idea del obispo de Córdoba, don Ramón Guillamet y Coma (1913-1920), con el fin de involucrar al clero de los pueblos en el fomento de vocaciones y para ahorrar a los niños y a sus familias los gastos que conllevarían el desplazamiento, desde pequeños, al Seminario de San Pelagio. A las Preceptorías se accedía terminada la Primera Enseñanza y constaban de tres cursos de Latín y Humanidades, que engarzaban con 4º, ya en el Seminario Diocesano.

Superada la Preceptoría, en octubre de 1918 don Juan Jurado ingresaba en el centenario y rígido Seminario Conciliar de San Pelagio donde permanecería once cursos,

---

<sup>1</sup> La base de este trabajo de presentación como académico correspondiente por Hinojosa del Duque en la Real Academia de Córdoba es el libro, PRIMO JURADO, Juan José. *Juan Jurado Ruiz. Una vida para la Iglesia de Córdoba (1906-1984)*, CajaSur, Córdoba, 2000.

alcanzando con excelentes notas y reconocimiento de sus profesores el título de Bachiller en Sagrada Teología. Como rector conoció a don José María Peris Polo, beato desde 1995. Durante sus estudios como seminarista, cumplió en Córdoba el servicio militar, en el Regimiento de Infantería La Reina nº 2.

El 21 de diciembre de 1929, don Adolfo Pérez Muñoz, Obispo de Córdoba desde 1920 a 1945, ordenaba sacerdote a don Juan Jurado Ruiz en la capilla del Seminario de San Pelagio. Sus padres y sus cuatro hermanos lo acompañaron en tan trascendental momento.

### Los encargos parroquiales (1930-1954)

Don Juan desempeñará cuatro encargos parroquiales. Villanueva de Córdoba, Palenciana, Hinojosa del Duque y San Salvador y Santo Domingo de Silos, en Córdoba, serán sus destinos.

De 1930 a 1933 permanecerá en la parroquia de San Miguel de Villanueva de Córdoba como coadjutor, primero de don Miguel Toril y después de don Marcial Rodríguez. Tenía Villanueva, por entonces, unos 15.000 habitantes y además de la coadjutoría, don Juan desempeñó el cargo de capellán del Colegio Convento de las Hijas de Cristo Rey, fundado en 1919 por una piadosa dama de la localidad, doña Dolores Herruzo. Destacó don Juan, a pesar de su juventud, en la predicación y en la catequesis parroquial y prueba de su interés por esta parcela es que en 1930 y con sus menguados recursos económicos, viajó hasta Zaragoza para participar en el III Congreso Catequístico Nacional.

En marzo de 1933, don Adolfo designaba a don Juan párroco de la iglesia de San Miguel en Palenciana, bello pueblo de unos 3.000 habitantes del extremo sur de la provincia y separado por catorce horas de viaje de su Hinojosa del Duque natal. No tuvo coadjutor don Juan en los tres años que permaneció en Palenciana, pero no estuvo solo, lo acompañaron familiares que se trasladaron a vivir con él y una pléyade de movimientos cristianos de la localidad: Apostolado de la Oración, Hijas de María, Marías de los Sagrarios, Acción Católica, Cofradía de la Virgen del Carmen, entre otros, además de colaboraciones individuales y de la influyente familia Carreira.

Catequesis y predicación fueron, de nuevo, las grandes labores pastorales de don Juan en este destino de Palenciana. Una excelente ejecutoria dejó en esta localidad, que aún lo recuerda con cariño, de la misma manera que la familia de don Juan siempre guarda una grata memoria de su estancia allí. Un triste suceso tuvo lugar, sin embargo, durante este período, el incendio del templo parroquial el 8 de diciembre de 1933, provocado por unos anarquistas que en nada respondían al sentir de la población. Su hermana, María Teresa Jurado, lo recuerda así: *"Era de madrugada cuando vinieron a despertarnos a mi madre, a mi hermano y a mí. Unos individuos habían rociado de gasolina la puerta de la parroquia y le habían prendido fuego. Las llamas afectaron a altares, imágenes, coro y escayolas. Mi hermano salió de la casa sin decirnos qué se proponía y atravesó la puerta en llamas de la parroquia, rescatando, en medio del incendio, el sagrario con el Santísimo. Sólo, abrazado a él, de rodillas, exhausto, cubierto de polvo, con la sotana chamuscada y oliendo a humo, lo encontramos en una de las habitaciones de la casa del Catecismo, donde había ido a guardar el sagrario. Los hombres del pueblo, animados por la acción de don Juan, entraron en la parroquia y lograron salvar del incendio distintas imágenes, entre ellas la de la querida Virgen del Carmen"*<sup>2</sup>. Se perdieron importantes objetos litúrgicos y obras de arte y la indignación

<sup>2</sup> Conversaciones del autor con doña María Teresa Jurado Ruiz.

en Palenciana por el suceso fue tremenda. Las tareas de reconstrucción de la iglesia se terminaron en 1934, finalizando las restauraciones de algunas de las esculturas a principios de 1936.

Desde enero de 1936, don Juan Jurado Ruiz tenía nuevo destino, la parroquia de San Juan Bautista, el bello templo renacentista conocido como la Catedral de la Sierra, en su ciudad natal de Hinojosa del Duque. La imagen de esta parroquia la describe don Juan en una de sus homilías: *“¡Cuántas veces, regresando a la caída de la tarde de vuestras tareas campesinas, la descubrieron desde un repecho vuestros ojos, majestuosa y humilde a la par, laminando los espacios opalinos y congregando solícita, en torno a ella, como el ave a sus polluelos, el abigarrado conjunto de nuestras casas, cuyas chimeneas en aquella hora parecían ofrendarle el incienso de las más puras esencias familiares, quemadas al calor de los pobres hogares! Y se nos aparecía entonces como un ángel de grandes alas que acabase de bajar del cielo para velar sobre nuestro pueblo; o como pastor vigilante, que con el cayado de su torre en alto, condujera hasta el cielo el blanco rebaño de casas que junto a sus muros buscan guía y amparo”*<sup>3</sup>.

Pero la alegría inicial por servir a sus paisanos se trocaría a los pocos meses en tragedia con el estallido de la Guerra Civil. Hinojosa del Duque, con unos 14.000 habitantes, estaba dolorosamente fracturada en dos bandos irreconciliables como se demostró en las elecciones de febrero de 1936: 3.300 votos para la coalición de derechas y 3.012 para el Frente Popular. El 27 de julio corrió la primera sangre en enfrentamientos y ejecuciones y desde el 14 de agosto, Hinojosa del Duque quedó en el bando republicano, suprimiéndose el culto religioso e iniciándose una feroz represión. La iglesia de San Juan Bautista quedó destruida en todo su interior, convertido en plaza de abastos. Cerca de cuarenta años después, don Juan reflexionaría sobre estos sucesos: *“Yo vi entonces, y sigo viendo claro, que lo que provocó aquella crisis fue la despreocupación del catolicismo español por los problemas sociales. Los católicos españoles, entonces, como ahora, son unos buenos católicos en lo referente a los cultos, a los deberes familiares, pero se inhiben completamente en lo que se refiere a la cuestión social. Por esto, cuando esa cuestión social se planteó sin más dilaciones estaban completamente desprevenidos. Esto es lo que causó a la Iglesia el shock tremendo de la Guerra”*<sup>4</sup>. La Guerra Civil llevó a don Juan Jurado a servir en el Cuerpo de Sanidad del Ejército Republicano en 1938 y 1939, por la zona de Segorbe, según la orden dada por el Gobierno de Negrín para los sacerdotes.

Finalizada la contienda, don Juan regresó a su parroquia hinojoseña, dedicándose hasta su marcha en 1950 a su reconstrucción moral y material. Las magníficas catequesis, para las que contó con la ayuda inestimable de una entregada y dinámica Acción Católica, las homilías, las devociones populares, la piedad y la atención a los necesitados a través de las Conferencias de San Vicente de Paúl, fueron los instrumentos de don Juan para la reconstrucción moral de su localidad a partir de la formación cristiana y la superación de odios y rencores. Nadie mejor que Antonio Gil, sacerdote y periodista, originario de Hinojosa del Duque, para explicar lo que supuso la labor de don Juan en esa localidad en la posguerra: *“La silueta de don Juan Jurado Ruiz, para tantas generaciones surtidor de entusiasmos juveniles; para tantos hombres y mujeres, curtidos por el sufrimiento y la desolación de unos años tremendamente difíciles, hombre segu-*

<sup>3</sup> JURADO RUIZ, Juan, Homilía de la Misa de bendición del Retablo Mayor de la iglesia de San Juan Bautista, 12 de octubre de 1947.

<sup>4</sup> Don Juan Jurado, cura de ayer y de hoy, entrevista del diario “Córdoba”, 13 de mayo de 1973.

ro donde apoyar la esperanza y la fe cristiana; para tantos niños y niñas, palabra vibrante de inolvidables enseñanzas catequéticas; para tantos caminantes, acaso anónimos o alejados, líder indiscutible de sus ideas e ideales, esa silueta de don Juan marcó no sólo una época y un estilo, sino una forma de vivir acorde con sentimientos y convicciones. Por eso, la silueta de don Juan Jurado Ruiz, forma parte del alma vieja de Hinojosa del Duque, que las nuevas generaciones podrán arrinconar si quieren en el baúl de los recuerdos a olvidar, pero que la Historia, en cambio, podrá saborear cuando guste, haciéndola ondear como bandera entusiasta de un nacionalcatolicismo denostado en tiempos mejores, pero que en los peores tiempos elevó y encumbró muchas almas y muchos corazones hasta la cúspide de la entrega generosa y del sacrificio personal en aras de un prójimo necesitado, al que los católicos socorrían, ayudaban y enardecían con la savia de la ilusión y de la religión”<sup>5</sup>.

La reconstrucción material se concretará en las ermitas del Santísimo Cristo de las Injurias y de San Sebastián, que reconstruirá, sustituyendo la venerada imagen del Cristo destruida en 1936, por una hermosa talla obra de Castillo Lastrucci y en la gran labor en la iglesia de San Juan Bautista. Destruído todo el interior de ésta, la restaurará, logrando embarcar a todos los hinojoseños en la tarea. El 12 de octubre de 1947, el obispo de Córdoba, fray Albino González, bendecirá el nuevo retablo, obra de Félix Granda, que culminaba la restauración.

Las capacidades del párroco hinojoseño no pasaron desapercibidas para el prelado, que lo incluyó en sus proyectos de renovación de la diócesis y en 1950 lo trasladaba a Córdoba, para hacerse cargo de la emblemática parroquia de San Salvador y Santo Domingo de Silos, la Compañía, y pasar a ser profesor de Teología Moral en los cursos finales del renovado Seminario. Terminaban para don Juan Jurado catorce años de labor en Hinojosa del Duque, localidad que lo despidió emocionada el verano de 1950, mientras su Ayuntamiento lo nombraba Hijo Predilecto.

Don Juan Jurado ejerció el cargo de párroco de la Compañía hasta 1954, primero interinamente y desde 1953 por oposición. Sus cuatro años al frente de la parroquia cordobesa se alternaron con su labor exigente y preparada de profesor de Teología Moral en San Pelagio, donde permanecería hasta 1960, formando a numerosas promociones de futuros sacerdotes. Desde 1952 y hasta 1960 impartió también clases de Religión de 7º de Bachillerato en la prestigiosa Academia Espinar. En esta etapa, don Juan pasó a ser capellán de la Adoración Nocturna y consiliario del Centro Especializado de Maestras. Por otra parte, Córdoba era una caja de resonancia magnífica para las grandes dotes de orador sagrado de don Juan que pronto hizo famosas sus homilias en la ciudad y toda la provincia: “*Predicador, incansable e insaciable, de púlpito catedralicio y de ambón conventual, de tribunas en doctas Academias y de balcones populares, de novenas de campanillas y de rústicas funcioncitas de aldea, tantas y tantas veces ‘sin sobre’, tantas y tantas veces emocionado por un fervor que hoy tan pocos sienten. Predicador, así mismo, de la elegancia clerical del buen sacerdote cordobés en la vía pública*”<sup>6</sup>, escribiría de él, en 1970, el sacerdote lucentino Rafael Flores.

Desgraciadamente, la oratoria es arte que muere al nacer y don Juan ni siquiera publicó una sola de sus innumerables homilias. Muchas se han perdido para siempre, otras, estimamos que un 25 por ciento si sumamos los artículos periodísticos, se conser-

<sup>5</sup> GIL MORENO, Antonio, Prólogo al libro de PRIMO JURADO, Juan José, *Don Juan Jurado Ruiz y la Hinojosa de posguerra*, p. 5.

<sup>6</sup> FLORES MORANTE, Rafael, *Carta a don Juan Jurado en su día*, decenario “La Opinión” de Cabra, nº 2.424, 27 de junio de 1970.

van en el archivo familiar y de este fondo se han rescatado algunas piezas que he incluido en el libro biográfico de don Juan Jurado. Lo que nunca podremos rescatar, ni sabremos explicar a alguien que no lo vio, será su habilidad oratoria para convertir una homilía en una pieza de arte.

### La Catedral y las responsabilidades diocesanas (1955-1972)

El 24 de enero de 1955 se iniciaba una nueva etapa en la vida de don Juan Jurado. Ese día, ante el obispo fray Albino González y el Cabildo Catedralicio, don Juan tomaba posesión de la canonjía de Magistral, brillantemente ganada en dura oposición en octubre de 1954. Desde entonces, don Juan se entregó en cuerpo y alma a la Catedral y la voz de sus homilías la llenarían en los veintinueve años siguientes: *“Era la suya una oratoria ampulosa, barroca, grandilocuente. Una oratoria excesiva, si se quiere. Pero detrás había una doctrina, una teología, una moral y una intensa preparación. Jamás subió al púlpito o se asomó a un periódico para no decir nada”*<sup>7</sup>, reflexiona Pablo Moyano.

Sobre el amor de don Juan Jurado a la Catedral incidió con precisión Antonio Gil en el artículo que le dedicó con motivo de su muerte y que tituló *Adiós, don Juan, desde su Catedral*: *“La llevaba en sus entrañas porque la catedral, para usted, don Juan, era la Iglesia: grande, magnífica, acogedora, universal, entrañable, con un lugar para todos, y con tantas columnas como razones para la vida, para la fe, para el amor (...) Amaba a su catedral como amaba a su Iglesia. O mejor dicho, porque amaba a su Iglesia. La defendió siempre con el limpio estilo de los buenos hijos: el del coraje y el de la entrega, el del testimonio y el de las obras. No eran las columnas de la Mezquita, ni el coro espléndido, ni el crucero, ni el Altar mayor. Para don Juan, la catedral era mucho más: el misterio y la luz, la Eucaristía y la Palabra, la plegaria y la fe”*<sup>8</sup>.

El prestigio como Magistral y su sentido de entrega absoluta a la Iglesia, desde los modernos púlpitos de los medios de comunicación, abrieron a don Juan nuevos campos de acción a partir de 1955: los artículos periodísticos en los diarios “Córdoba” y “ABC” o en las revistas “Patio Cordobés”, “Alto Guadalquivir” y “Omeya” y las charlas de quince minutos desde Radio Córdoba durante once años, todos los sábados a las 10 de la noche.

Por otra parte, la condición de canónigo Magistral llevaba aneja la pertenencia a diversos patronatos fundacionales, como el del Colegio Santa Victoria, las Reales Escuelas Pías de la Inmaculada y el del Monte de Piedad y Caja de Ahorros de Córdoba, institución en la que se integró con entusiasmo hasta el final de sus días. De él ha escrito el presidente de CajaSur, don Miguel Castillejo, antiguo alumno suyo en San Pelagio: *“Don Juan era de esos elegidos que su memoria y su recuerdo pueden ser tan germinadores como su misma presencia. Era un hombre que predicaba no sólo con la elocuencia sino con la entrega en cuerpo y alma a su ministerio pastoral; en él se establecía la concordia de las palabras y las obras, supremo deber del sacerdote”*<sup>9</sup>.

En 1958 fallecía tras dolorosa enfermedad fray Albino González, siendo don Juan el encargado de pronunciar la Oración Fúnebre en sus exequias. El nuevo obispo, don Manuel Fernández-Conde, confió en don Juan para la dirección de la diócesis, nom-

<sup>7</sup> MOYANO LLAMAS, Pablo, *Los púlpitos de hoy (a don Juan Jurado q.e.p.d.)*, diario “Córdoba”, 22 de enero de 1984, p. 4.

<sup>8</sup> GIL MORENO, Antonio, *Adiós, don Juan, desde su catedral*, diario “Córdoba”, 17 de enero de 1984.

<sup>9</sup> CASTILLEJO GORRAIZ, Miguel, *In memoriam*, Boletín Informativo de Cajasur nº 14, enero 1984.

brándolo en marzo de 1960 Vicario General. Don Juan permaneció en ese cargo todo el pontificado de monseñor Fernández-Conde y a la muerte inesperada de éste, el 2 de enero de 1970, fue elegido Vicario Capitular de la sede vacante, responsabilidad que desarrollaría dos años, hasta la designación de nuevo prelado. Tanto como Vicario General como Vicario Capitular, don Juan supo rodearse de un buen equipo para desempeñar las funciones, destacando don Salvador Pizarro como Secretario Canciller y don Guillermo Romero como Notario. El prestigio sacerdotal de don Juan Jurado entre el clero diocesano ayudó a buen éxito de su gestión en esos doce años, no exentos de dificultades en una Iglesia y una España cambiantes.

Vivió don Juan intensamente el Concilio Vaticano II, su desarrollo, sus contenidos y su aplicación. Fue un gran defensor de él, si bien en 1973 alertaba de desviaciones que ya eran obvias: *“Creo que andamos a medio camino, queda mucho por hacer. Y queda mucho por hacer porque se habla demasiado de la reforma de las estructuras, y ya va siendo hora de que dejemos las estructuras quietas y nos ocupemos de nuestra reforma personal. Empezando por la reforma de los sacerdotes, que no consiste en quitarse o ponerse la sotana, que es algo muy accesorio, sino en cosas mucho más profundas que aún quedan por hacer”*<sup>10</sup>.

Don Juan estuvo presente en todas las actividades principales de la Iglesia cordobesa de los años sesenta y principios de los setenta: infatigables visitas a los pueblos, bendiciones de nuevos templos, la llegada de las reliquias de Santa Teresa de Jesús, la coronación canónica de la Virgen de los Dolores, el homenaje a la Compañía de Jesús en la despedida que le tributó el Seminario de San Pelagio tras 26 años de docencia en él, la canonización de San Juan de Avila, la aparición del movimiento ecuménico, las reuniones con obispos españoles y andaluces o el apoyo decisivo al movimiento de Cursillos de Cristiandad para que arraigara en nuestra ciudad.

No descuidó otros aspectos don Juan, mantuvo sus colaboraciones periodísticas, representó a la Iglesia en cuantos actos civiles y militares fue invitado, ingresó en la Real Academia de Córdoba como correspondiente por la ciudad, colaboró con Cáritas, con las Hermandades del Trabajo y las cofradías, con gran cariño especialmente por la de Nuestra Señora de Linares.

### **Un largo y dorado crepúsculo (1972-1984)**

En mayo de 1972, el nuevo obispo de Córdoba, don José María Cirarda, concedía a don Juan el relevo solicitado por éste de las responsabilidades diocesanas. Ese mismo año la Iglesia recompensaría a don Juan Jurado con el nombramiento de Prelado de Honor de Su Santidad. Se trata de un cargo honorífico que la Iglesia reserva para sacerdotes con una trayectoria muy destacada, da derecho a ciertos honores e incluso a utilizar algunos elementos del traje episcopal, que don Juan, en su sencillez, ni siquiera encargó<sup>11</sup>.

En los años siguientes, hasta su fallecimiento en 1984, don Juan Jurado intensificó su vida familiar y se consagró a su tarea en la Catedral, misa diaria, predicación y labor de confesionario. Ello lo alternó con su puesto en CajaSur y la atención a conventos de monjas de clausura, fundamentalmente Santa Ana y Santa Cruz, al tiempo que no descuidaba sus artículos periodísticos.

Amó don Juan a Córdoba, en cuyo paisaje brilló tanto su figura intelectual como su característica imagen con la sotana, el manto y la teja. Conoció sus virtudes, *“sin duda*

<sup>10</sup> Don Juan Jurado, *cura de ayer y de hoy*, entrevista del diario “Córdoba”, 13 de mayo de 1973.

<sup>11</sup> En sus sucesivas tarjetas de visita, siempre puso lo mismo: Juan Jurado Ruiz, Sacerdote. N. del A.

alguna su formalidad –decía en 1973- *La gente de Córdoba es muy formal, a pesar de nuestro carácter alegre y comunicativo somos muy formales en todos los aspectos*<sup>12</sup>, y sus defectos, “*Su indolencia característica. Eso que nosotros, para disimular, llamamos senequismo. Y sé que no descubro nada, pero es así. No tenemos remedio*”<sup>13</sup>, analizando su religiosidad, “*hay que actualizarla por que si no es así, dentro de unos años no habrá nada. No se puede vivir de glorias pretéritas. Que cuando nos subimos al púlpito siempre tenemos que hablar de San Eulogio o del Obispo Osio. Nos hace falta decir cosas de más actualidad*”<sup>14</sup>.

En 1982, con 76 años todavía era capaz de radiografiar a la sociedad en general “*Le falta alma, poner alma en las cosas. Porque lo que cuenta ahora es lo material, los intereses de cada uno, y eso produce un individualismo feroz*”<sup>15</sup>; y señalaba el volver a Dios como solución: “*Reeducar a la humanidad, hacerle comprender de nuevo el montaje de la religión, del amor a los demás, descubrir las verdaderas potencialidades del hombre y desarrollarlas plenamente. Desde luego, a la Iglesia y a la sociedad no la salvan ni los políticos, ni los sociólogos, ni los sabios, no. La salvan los santos. Ahí tienes a San Agustín, o a San Francisco de Asís, o a San Ignacio, o a Santa Teresa, o a San José de Calasanz, o más recientemente a San Juan Bosco. ¿Cómo tendrían que ser los santos de hoy? Como han sido siempre, hombres llenos de Dios, que vivan íntegramente el Evangelio y luego, en sus formas exteriores y en sus preocupaciones, hombres muy de nuestro tiempo, comprometidos con los problemas actuales*”<sup>16</sup>.

El 16 de enero de 1984, tras una breve enfermedad iniciada cuando limpiaba los vasos sagrados tras officiar la Eucaristía en la Catedral, don Juan Jurado Ruiz fallecía en su casa de Córdoba, rodeado de su familia. Sus últimas palabras fueron “*¡Jesucristo y su Iglesia!*”. El funeral en la Catedral, presidido por monseñor Infantes Florido, obispo de Córdoba, y concelebrado por más de cien sacerdotes fue multitudinario y un testimonio del respeto y del amor que se le profesaba, desde una Iglesia plural, a la trayectoria honesta y entregada de don Juan.

Sus restos reposan en el panteón del Cabildo del cementerio de Nuestra Señora de la Salud, permaneciendo su testimonio en el tiempo para las futuras generaciones en la Iglesia cordobesa.

Para terminar nuestro trabajo, citamos las palabras de monseñor Cirarda, ya arzobispo de Pamplona, en la carta de pésame que envió a las hermanas de don Juan: “*De verdad era bueno don Juan: piadoso en su ferviente amor a Jesucristo y a la Virgen María; enamorado de la Santa Madre Iglesia; fidelísimo con sus Obispos a los que sirvió en puestos de grande confianza y de suma transcendencia eclesial; incansable en su trabajo apostólico en la catequesis, en la predicación para la que Dios le había dotado tanto y tanto, con la pluma entre oratoria y poética que Dios le diera... Nunca olvidaré el amor con que me hablaba, entrado ya en años cuando yo le conocí, de sus comunidades parroquiales de Hinojosa del Duque, en que nació y en la que tanto trabajó, de Villanueva de Córdoba, de Palenciana... Ni olvidaré nunca el amor que a Vds. les tenía... El Señor ha tenido que encontrar faltas en su vida, porque todos somos pecadores. Pero ha tenido que perdonárselas todas, para darle un cielo grande y pronto*”<sup>17</sup>.

<sup>12</sup> Don Juan Jurado, *cura de ayer y de hoy*, entrevista del diario “Córdoba” del 13 de mayo de 1973.

<sup>13</sup> *Ibid.*

<sup>14</sup> *Ibid.*

<sup>15</sup> Don Juan Jurado: *cuestión de alma*, entrevista del diario “Córdoba” del 17 de agosto de 1982.

<sup>16</sup> *Ibid.*

<sup>17</sup> Archivo Familia Jurado Ruiz.